

EJERCITO PROFESIONAL Y SOCIEDAD INDUSTRIAL POSTMODERNA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano*

En esta presentación me ocuparé principalmente de tres temas que considero fundamentales para la comprensión de lo que es el ejército de las sociedades industriales avanzadas: la singularidad de la profesión militar y su evolución según la han visto eminentes especialistas, la relación entre la estructura social en transformación y los cambios en las Fuerzas Armadas y, por último, las nuevas misiones de los ejércitos y las consecuencias que para la guerra se derivan de la existencia de la sociedad en red¹.

En la reciente Pascua Militar de 2009 el Rey se refirió en su discurso a que se celebraban los veinte años de la incorporación de las mujeres al ejército y de la primera intervención de las Fuerzas Armadas en misiones humanitarias fuera de España. Ambas acciones se tratan también en este trabajo y caracterizan a nuestros ejércitos actuales.

LA SINGULARIDAD DE LA PROFESIÓN MILITAR

En todas las sociedades hay que contar siempre con la posibilidad de una acción bélica, defensiva u ofensiva, a desempeñar por un colectivo de personas que dispone de una tecnología más o menos adelantada y que mantiene unas determinadas relaciones de supra o subordinación con el resto de las organizaciones y miembros de la sociedad. Esto es innegable, pero hay quienes consideran que las diferencias entre los militares y los civiles son ahora de poca monta y tien-

* Sesión del día 13 de enero de 2009.

¹ Una información bastante completa y una selecta bibliografía sobre estos temas pueden encontrarse en Gwyn Harries-Jenkins y Charles C. Moskos, jr., *Armed Forces and Society*, en *Current Sociology*, vol. 29, núm.3, Invierno 1981.

den a desaparecer y hay también quienes reafirman la singularidad insoslayable del oficio de las armas. En medio, por cierto, se sitúa una corriente de opinión que distingue entre dos niveles de análisis, uno centrado en los actores individuales y otro en el plano organizativo. Pero no adelantemos acontecimientos y repasemos las aportaciones de algunos de los científicos más representativos de cada uno de estos tres puntos de vista.

Samuel P. Huntington² puede muy bien servirnos como ejemplo de defensor de la condición única del militar y en especial del oficial de carrera, que es el verdadero elemento profesional directivo de la estructura militar y no debe confundirse con los demás profesionales al servicio del Ejército, a saber, médicos, veterinarios, abogados, capellanes, etc. Para Huntington, lo fundamental es la mentalidad militar, que él concibe como compuesta por los “valores, las actitudes y las perspectivas que son inherentes a la función militar y deducibles de su naturaleza”. Idealmente, tal mentalidad pone el acento en la debilidad e irracionalidad de la condición humana y destaca en tiempos de guerra la primacía de la sociedad sobre las personas, así como la importancia que revisten el orden, la jerarquía y la división de funciones dentro de la organización militar. Además, valora al Estado nación como la forma política suprema y reconoce la gran probabilidad de que la guerra estalle, y aún se repita, entre sujetos de esta naturaleza. A la vez que exalta la obediencia como la virtud máxima del militar, mantiene que “la guerra es un instrumento de la política, que los militares están al servicio de los hombres de Estado y que el control civil es una característica esencial del profesionalismo militar”.

Si bien en su misma línea cabe mencionar a otros autores bastante conocidos, como el General A. Beaufré o Pierre Dabiez, merece la pena añadir algo sobre la ya clásica aportación de Huntington. Así, el para él indispensable control objetivo de los militares por el poder civil se asienta sobre la autonomía de aquellos en su propia esfera de actuación, que se redondea clásicamente con el que llama “acantonamiento jurídico”. Control sí, pero no interferencia y, por añadidura, una educación política orientada a la “civilización” de los soldados, es decir, a imbuirles los valores de la sociedad democrática. De todos modos y como alguien ha destacado enfrentándose a lo que piensa Huntington, la mentalidad militar no es inmutable, ni está configurada para siempre, sino que se transforma históricamente, de manera que el ejército al que él se refiere sólo se hizo realidad durante el siglo XIX y parte del XX. Por otro lado, la fecha de publicación de su importante libro sobre las relaciones cívico militares, explica que no aludiera entonces a los cambios provocados en la organización militar por la aparición de las armas estra-

² Samuel P. Huntington, *The Soldier and the State: The theory and politics of civil-military relations*, Harvard U.Press, Cambridge, Mass, 1957 y *Political Order in changing societies*, New Haven, Yale University Press, 1968.

tégicas nucleares, cuya principal consecuencia ha sido la eliminación no de la guerra pero sí de la victoria, por cuanto esta implica nada más y nada menos que la destrucción total.

Por supuesto, el pensamiento de este autor no permaneció impasible ante las mutaciones causadas en la profesión militar por dos revoluciones, la tecnológica y la estratégica y, en la década de los años setenta, recapituló y puso al día su opinión afirmando que “al final, el dilema de las instituciones militares en una sociedad liberal solamente puede resolverse siendo distintos pero no distantes dentro de ella, esto es, acentuando la función profesional militar y sus características, pero sin romper los vínculos con la sociedad civil”³. Claro que, como ha advertido Larson, él ignoró importantes patologías del profesionalismo militar, como el sindicalismo, el exclusivismo, el elitismo y el oportunismo, que de algún modo desembocan en el corporativismo y en el pretorianismo⁴.

La postura diametralmente opuesta la defiende Charles C. Moskos, un autor decisivo en el desarrollo de la Sociología militar, junto con otros distinguidos científicos sociales como Biderman. Moskos describe y explica el proceso de evolución de las Fuerzas Armadas de institución a ocupación, que resulta de su reorganización y racionalización y que cambia la orientación de sus miembros hacia el utilitarismo y el egoísmo, a la vez que les hace arrumbar los ideales del sacrificio hasta la muerte y del patriotismo. Siguiendo esta línea, la profesión militar acaba convirtiéndose en una ocupación como muchas otras del ámbito civil, con las cuales pasa a compararse en términos de legitimidad, grado de compromiso, compensación económica, residencia, conyugalidad, dignidad social y grupos de referencia, por citar sólo unas cuantas características. Lo que de ninguna manera se aclara así es si la lógica institucional de los ejércitos llegó en algún momento histórico a ser la predominante, o nunca pasó de ser un desideratum más o menos abstracto⁵.

Entre ambas posiciones tiende ahora a consolidarse una tercera, intermedia, cuya paternidad corresponde más o menos exclusivamente a otro gran sociólogo, Morris Janowitz, cuya influencia ha sido y sigue siendo todavía muy grande. Frente al profesionalismo radical de Huntington, él habla de uno pragmático y destaca tanto el carácter histórico de la organización, como el efecto que en ella han tenido los cambios experimentados desde principios del siglo XX por la sociedad

³ Samuel P. Huntington, “The soldier and the state in the 1970’s”, en Andrew J. Goodpaster y Samuel P. Huntington, *Civil-military relations*, American Enterprise Institute, Washington, 1977. pp. 5-28.

⁴ Arthur D. Larson, “Military professionalism and civil control: a comparative analysis of two interpretations”, *Journal of Political and Military Sociology*, II, 1974, pp. 54-72. Véase también Amos Perlmutter, *The military and politics in modern times*, Yale U. Press, New Haven, 1977.

⁵ Charles C. Moskos, “Armed Forces and American Society: Convergence or Divergence”, en C.C. Moskos (ed.), *Public Opinion and the military establishment*, Sage, California, 1971.

americana. Como consecuencia de ellos “la base de la autoridad y de la disciplina ha cambiado de la dominación a la manipulación, la persuasión y el consenso; las cualificaciones de los militares se parecen cada vez más a las de los civiles; la base social del reclutamiento de los oficiales de carrera se ha ensanchado y la pertenencia al núcleo de la élite se ha diversificado; finalmente, la tradicional indiferencia ante la política y la fuerte inclinación profesional hacia un tipo de conservadurismo implícito y apolítico, regido por un código de honor intemporal y orientado a objetivos claros ha sido sustituido —dentro del marco de un apartidismo administrativo— por un ethos político más explícito: un conservadurismo formal más que sustantivo y unas orientaciones conformadas por la educación profesional y la experiencia, más que por el origen social y situadas entre un polo absolutista o de valores racionales y otro pragmático o instrumental racional”⁶.

Janowitz anticipó el cambio del rol del militar desde líder heroico a gestor y previó el fin del ejército de masas, pronosticando que se acabaría configurando como una policía militar preparada para actuar inmediatamente y comprometida, eso sí, a hacer un uso mínimo de la fuerza y a perseguir más que la victoria el establecimiento de unas relaciones internacionales viables. Además, supo también adivinar el fin del reclutamiento obligatorio y que la carrera militar se convertiría en la primera de las dos fases laborales que caracterizarán la biografía de algunos ciudadanos en las sociedades avanzadas. En suma, a él se deben varios aciertos predictivos de gran calado, que van desde la decadencia del ejército de masas hasta la creciente importancia de la representatividad y legitimidad de los militares, pasando por el compromiso profesional de usar la violencia en su grado mínimo⁷.

ESTRUCTURA SOCIAL Y TIPO DE EJÉRCITO

Ninguno de los tratadistas citados ignora que la historia de la organización militar moderna está en constante flujo y que para ocuparse de ella es preciso conocer no solamente las dimensiones tecnológica y económica de la sociedad en la que está inserta, sino también sus facetas política, social y cultural. Y esto no se aplica solamente al pasado, sino asimismo al presente, en el que estamos asistiendo a la transformación del ejército de masas de la era de los nacionalismos en un ejército “postmoderno”, adaptado a un sistema mundial en trance de formación, en el que el nacionalismo decimonónico se ve cercado por el surgimiento de organizaciones sociales globales y por redes complejas y más o menos universales.

⁶ Bernard Boëne, “How “unique” should the military be?”, *European Journal of Sociology*, vol. 31, 1990, pp. 3-59.

⁷ Véase Morris Janowitz, *The Professional Soldier*, Nueva York, Free Press, 1960.

El final de la guerra fría cerró temporal o definitivamente, que de eso no se tiene seguridad, el ciclo de las guerras mundiales entre Estados o coaliciones de Estados y hay bastantes razones para suponer que nos encontramos en un período de transición, en el que no es únicamente el ejército el que está cambiando, sino sobre todo la sociedad, que se está reorganizando. En concreto, se están debilitando las formas centralizadas de organización que han dominado la era moderna: el Estado nación, los mercados nacionales, la ciudadanía democrática y las fuerzas armadas masivas. Y estos cambios estructurales vienen acompañados por uno cultural, que afecta a las actitudes y a la opinión pública. Se cuestionan las viejas verdades, no se acepta la autoridad personal, se está dividido en cuanto a los valores dignos de postularse y defenderse, se desconfía de lo que se sabe y se duda de lo que es mejor para la población. La fe dieciochesca en la razón, la fe decimonónica en el Estado nación y la confianza del siglo XX en la ciencia y en la tecnología han dejado de excitar nuestra imaginación, pese a sus indudables logros. El nuestro es un tiempo de inquietudes; estamos en la postmodernidad⁸.

El movimiento postmoderno comenzó en la teoría social a finales de los años sesenta y principios de los setenta, como crítica literaria, aunque tiene antecedentes en la década de los años veinte. Se intentaba descubrir el significado de las palabras y su relación con la realidad, porque se pensaba que las palabras y no sus referentes eran lo que definían lo que nosotros tomamos por realidad⁹. Lyotard, uno de los sumos sacerdotes de este movimiento, opina que las palabras y los símbolos que utilizamos para entender el mundo no son sino una ilusión, cuyo objeto es el darnos seguridad en una sociedad que es fundamentalmente incierta y que a lo que verdaderamente conduce es al terror, como sucede con el concepto de pureza racial que nos hace caer en el holocausto de la limpieza étnica, intentada para superar la diversidad etnocultural local y para producir ciudadanos estandarizados, cuyas lealtades a la nación no se resentan por la existencia de otras diferentes¹⁰.

Los teóricos postmodernos son escépticos en lo que afecta a la existencia de unos estándares últimos del saber o de la moral, que sirvan para comprender lo que está pasando en el mundo, y ello les induce a criticar a la jerarquía, a las tradiciones nacionales, a la noción unitaria de la autoridad y a la imposición burocrática de unos valores oficiales, a la vez que los arroja en brazos del nihilismo. Nos equivocáramos, sin embargo, si creyéramos —y en esto insiste mucho el profesor José Luis Pinillos¹¹— que la suya es una simple y ociosa crítica intelectual de la

⁸ Charles C. Moskos y James Burk, "The post-modern military", en J. Burk (ed.), *The military in new times: adapting Armed Forces to a turbulent world*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1994, pp. 142-162.

⁹ Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, Ed. Minuit, París, 1979.

¹⁰ Roland Robertson: "After nostalgia? Willful nostalgia and the phases of globalization", en Bryan S. Turner (ed.), *Theories of modernity and postmodernity*, Sage, Newbury Park, 1990.

¹¹ José Luis Pinillos, *El corazón del laberinto*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.

sociedad moderna, puesto que verdaderamente el mundo está cambiando en el sentido que ellos apuntan: los Estados y sus instituciones se están fragmentando y descentralizando en un intento de compaginar un orden social cada día más globalizado con el mantenimiento de múltiples identidades y poderes locales.

Históricamente el Estado nacional ha constado de tres elementos importantes: una cultura común aprendida en las escuelas públicas; una administración encargada de gobernar el territorio y de defenderlo con un Ejército numeroso y basado en el reclutamiento universal y forzoso; y un mercado único y común. Ahora en nuestras sociedades el poder cultural ha pasado o está pasando del sistema educativo al mediático, orientado y dirigido por la cultura popular y transnacional y el mercado o se ha universalizado por la acción de las empresas transnacionales o se ha restringido para servir a las necesidades puramente locales. Por otra parte, la forma típico-ideal del ejército nacional, exclusivamente masculino y adornado por el patriotismo y las virtudes viriles, se está transformando en un ejército muy especializado y profesional, al servicio de coaliciones internacionales más o menos temporales. Y conviene también recordar aquí lo que ha pasado con la noción de ciudadanía, cuyo sentido de la lealtad hacia, y de la identidad con, el Estado nacional se ha descompuesto en la sociedad postmoderna, que se distingue de la moderna por el tránsito de la certeza a la incertidumbre en cuanto a los roles de las instituciones centrales, es decir, por la desinstitucionalización.

Hoy la aplicación de todo esto a la organización militar se puede hacer construyendo una tipología en la que los dos polos, el de la modernidad y el de la postmodernidad, toman cuerpo relacionando los cambios en la sociedad con los que acontecen en el seno de las Fuerzas Armadas y tomando en consideración, como hacen Moskos y Burk, aspectos muy variados, tales y como la naturaleza de la amenaza percibida, que en uno es la invasión enemiga y en otro la subnacional o no militar; la estructura de la fuerza, que en uno es masiva y en otro profesional y reducida; la actitud social en relación con los militares, que en uno es de apoyo y en otro apática o escéptica; el efecto sobre el presupuesto de defensa, que en uno es positivo y en otro negativo; el tipo de soldado profesional, que en uno es el líder combatiente y en otro el soldado estudioso y estadista; el papel de las mujeres, inexistente en el primero o segregado y plenamente integrado en el segundo; la objeción de conciencia, limitada o prohibida en uno y subsumida en un servicio civil en otro; el empleo para los civiles, que es un componente escaso en el primer polo y muy principal en el segundo y la homosexualidad, que está dejando en algunos ejércitos de ser rechazada y pasando a ser aceptada.

De acuerdo con lo que acabo de decir lo más probable es que en el futuro se produzcan dos clases principales de conflictos: unos regionales, civiles o étnicos muy generalizados y otros globales, consistentes en intervenciones militares de las grandes potencias realizadas con objeto de defender sus esferas de

influencia. El panorama, sin embargo, no es tan simple como podría deducirse del hecho de que nunca han guerreado entre sí países democráticos, dotados de regímenes parlamentarios, porque ello podría llevarnos a pensar que el paso de la sociedad moderna a la postmoderna vendría a ser como ir de la guerra posible a la paz permanente. “Más bien se trata de un movimiento desde la certeza relativa de lo que la guerra podría significar y la victoria asegurar; de saber quiénes son los verdaderos enemigos y si son o no derrotados, de ir a una situación en la que nada está claro”¹².

Van Crevald ha planteado que, aunque siga habiendo guerras, la guerra ha cambiado de carácter¹³, porque rara vez tiene que ver ahora con las fronteras exteriores, mientras que el terrorismo y la violencia étnica parecen ser sus formas dominantes en la postmodernidad. Estamos en la fase final de una época en la que la guerra entre las potencias era la gran amenaza y la victoria el fin último del conflicto. Actualmente no existe prueba alguna de que el triunfo militar se pueda conseguir con claridad, como lo demostró la primera Guerra del Golfo en la que, si bien Irak se retiró de Kuwait, Sadam se proclamó vencedor en la radio de Bagdad. ¿Cuál es, entonces, el criterio para reconocer la victoria? No es fácil encontrarlo.

Por otra parte, no hay que olvidar que la guerra declarada por Estados Unidos al terrorismo después del 11-S no es interestatal, sino que enfrenta a la potencia hegemónica del mundo actual con una red terrorista, cuya extensión y enraizamiento territorial no se conoce, pero que es capaz de golpear con la mayor dureza valiéndose de aliados internos, a menudo marcados por la etnia a la que pertenecen. La guerra entre un Estado dotado de instituciones y una sociedad red es un hecho sin precedentes en la Historia humana, al menos en la escala en la que hoy se produce. La red Al Qaeda se reparte al parecer por 40-60 países y moviliza a más de 70.000 personas.

Lo que llevo dicho implica que la composición y organización de las Fuerzas Armadas ya no se adecuan a los cometidos que antes cumplían y que se han hecho innecesarios en el marco de los sistemas sociales postmodernos. El cambio de formato es muy importante, puesto que el Ejército está dejando de ser masivo y reclutado forzosamente y evoluciona hacia convertirse en un colectivo más pequeño, voluntario y profesional, apoyado por fuerzas de reserva. En la época de la guerra convencional su misión fundamental consistía en estar preparado para rechazar al adversario, invasor o atacante, mientras que cuando se dispuso de armamento nuclear lo fundamental pasó a ser prevenir la guerra nuclear.

¹² Philip Wexler, “Citizenship in a Semiotic Society” en Bryan S. Turner (ed.), *Theories of modernity and postmodernity*, op. cit.

¹³ Martin van Crevald, *The transformation of war*, Free Press, Nueva York, 1991.

NUEVAS MISIONES DE LAS FUERZAS ARMADAS¹⁴

El número de grandes conflictos armados se ha reducido en los últimos años y algunos se han desactivado. En 2007 hubo catorce grandes conflictos armados en trece lugares del mundo y cuatro se categorizaron como internacionalizados. Al igual que en 2006 todos estuvieron vinculados de una u otra forma a la “guerra global contra el terrorismo” encabezada por Estados Unidos.

Ahora, cuanto más nos adentramos en la que hemos denominado era postmoderna más cambian el significado de la disuasión y las que se entienden como misiones de las Fuerzas Armadas, que ya no se reducen a guerrear. Baste recordar en qué consistieron algunas de estas misiones inmediatamente después de la Guerra del Golfo: una operación de socorro al Kurdistan (1991), una de salvamento en las inundaciones de Bengala (1991), el envío de una fuerza multinacional pacificadora y de interposición a la antigua Yugoslavia (1991), operaciones de rescate de los afectados por erupciones volcánicas en Filipinas y en Italia (1992), el envío de fuerzas en misión de paz a Somalia y Cambodia (1991), la restauración del orden público en Los Ángeles (1992) y la misión de asistencia a Ruanda (1993).

Para referirnos a la actualidad, en 2007 se llevaron a cabo un total de sesenta y una operaciones de paz, incrementándose los costes de estas operaciones y el número de las personas desplegadas, que alcanzó las 169.467 según aparece en el cuadro 1. De este personal 150.651 fueron militares y 18.816 civiles, man-

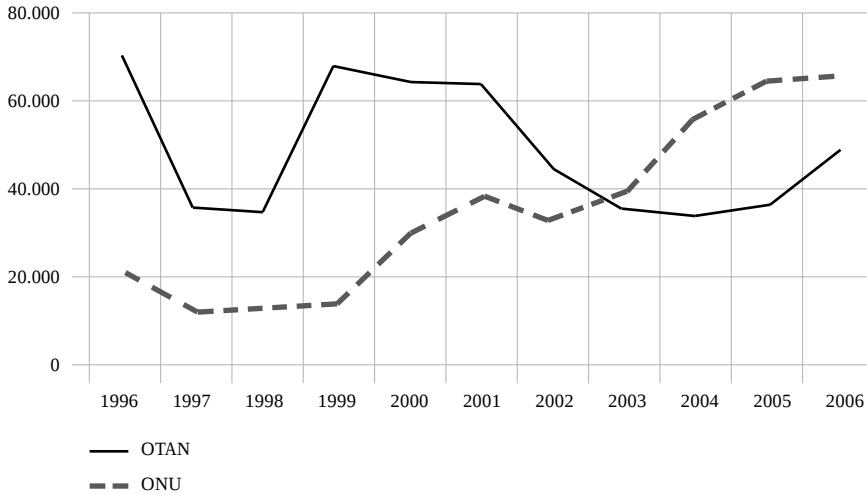
CUADRO 1
Número de operaciones de paz y personal desplegado por región, 2007

	<i>Número de Operaciones</i>	<i>Total de personal desplegado</i>
África	18	69.355
América	3	9.406
Asia	10	46.019
Europa	20	27.018
Medio Oriente	10	17.689
Mundo	61	169.467

Fuente: SIPRI Yearbook 2008. Resumen en español

¹⁴ Los datos de este epígrafe se han tomado de *SIPRI Yearbook 2008* del Instituto Internacional de Investigaciones para la paz.

GRÁFICO 1
OPERACIONES DE PAZ EN EL MUNDO



teniéndose Naciones Unidas como el principal actor en defensa de la paz, según se aprecia en el gráfico 1. Conviene añadir que teniendo en cuenta a la vez las misiones de la ONU, de la OTAN y de la UE, España es el decimoctavo país en el ranking mundial de estados que contribuyen a las misiones de paz en el mundo.

Todas tienen en común que son pacificadoras y han pasado a conocerse como misiones humanitarias militares, provocando un importante cambio positivo en las actitudes de los ciudadanos europeos y norteamericanos hacia sus Fuerzas Armadas, a pesar de ser la nuestra una época en la que ni el patriotismo ni el nacionalismo son grandes pilares del apoyo popular al Ejército. Así, en Estados Unidos la confianza en el ejército subió desde 1973 a 1993 del 32% al 42%¹⁵ y este mayor respaldo de la opinión pública ha influido en la voluntad de incrementar los presupuestos de defensa, que son los que financian estas misiones. En su discurso mencionado de la Pascua Militar, el Rey confirmó que en las grandes encuestas españolas, las Fuerzas Armadas y la Guardia Civil se sitúan “a la cabeza de las instituciones más valoradas por todos los españoles”.

¹⁵ James Burk, “Recent trends in civil-military relations”, *The Tocqueville Review*, Vol. XVII, n.º. 1, 1996, pp. 99-100.

Bernard Boëne, en un interesante artículo¹⁶, ha cuestionado la novedad de las llamadas nuevas misiones de los Ejércitos en términos de cuatro elementos utilizados por Clausewitz en su clásica definición de la guerra: soberanía, violencia, organización y legitimidad. Como es sabido, la soberanía caracterizó a los estados nacionales que se formaron desde el siglo XV hasta el XIX, esto es, desde la España de los Reyes Católicos hasta la Alemania del Canciller Bismarck. En cambio, en el mundo bipolar que se forjó durante la guerra fría, se cambiaron las reglas de juego y los Estados medios y pequeños vieron recortada su soberanía por las dos superpotencias. Hoy vuelven a estar nuevamente en trance de cambio estas reglas debido al auge de las nuevas potencias asiáticas, empezando por China y por la actitud de Rusia y de la OTAN.

El reequilibrio de esta realidad se refuerza gracias a la globalización económica, que conduce a uniones más amplias y variadas y por la diferenciación de unidades locales y regionales o subregionales. Esto significa que los estados nacionales ceden soberanía hacia arriba y hacia abajo, que en la política interna funcionan cada vez más actores y que la exterior se ve invadida por grupos privados, produciéndose en este ámbito una cierta anarquía y multiplicidad de representaciones y actuaciones inconcebibles hace pocas décadas. Baste recordar aquí en este orden de cosas la pretensión de algunas regiones españolas de actuar directamente en los foros europeos. El fin de la guerra fría ha traído silenciosamente consigo un Nuevo Orden Mundial, en el que la ingerencia humanitaria y la idea de los derechos humanos reducen más todavía los márgenes de la soberanía nacional, mientras que los particularismos socioculturales amenazan con socavar la cohesión social que tanto fomentaron los Estados nacionales mientras fueron plenamente soberanos.

Las minorías territoriales rechazan ahora el principio mismo de una identidad cultural integrada, reescriben su historia y proclaman sus ideales exclusivos, hablan sus lenguas propias y se plantean proyectos separados de futuro. Aumenta así el riesgo de violencia civil y se inaugura la que Maffesoli ha denominado “la era de las tribus”¹⁷, en la cual los ejércitos parecen marchar en la misma dirección que una sociedad en la que los ciudadanos son libres de cultivar sus estilos de vida, con tal de que respeten los derechos humanos y, en consecuencia, la identidad de las minorías. Y por lo que toca a la violencia, hoy se cuida mucho su techo, al ser su objetivo primordial la restauración del consenso y no el aplastar al adversario. De este modo, la guerra deja de ser un conflicto de naturaleza totalmente distinta a cualquier otro y pasa a convertirse en el otro extremo del continuo que empieza con la acción policíaca.

¹⁶ Bernard Boëne, “The Armed Forces <new missions. A european view”, en *La Revue Toqueville*, vol. XVI, n.º. 1, 1995, pp. 145-165.

¹⁷ Michel Maffesoli, *Le temps des tribus; Le declin de l'individualisme dans les sociétés de masse*, Meridien klincksieck, París, 1988.

Janowitz¹⁸ en la estela de Lasswell¹⁹, se ha referido al ejército policía (constabulary forces), siempre preparado para actuar, pero comprometido a emplear una dosis mínima de violencia. Sus intervenciones más probables se darán en micro-conflictos o allí donde su misión sea humanitaria o pacificadora, y esta realidad es la que provocó que los cascos azules se multiplicaran por siete en el quinquenio 1990-1995 y que su presupuesto se quintuplicara.

Obviamente, no todo el mundo está de acuerdo en que estas sean las misiones más apropiadas para los ejércitos y los autores más conservadores mantienen que los soldados están para luchar y no para interponerse, ni para negociar treguas o restablecer el orden político, económico, sanitario o social de un país. Sin embargo, si se miran bien, esta clase de misiones no son demasiado diferentes de algunas que las fuerzas armadas de los países europeos con un pasado colonial se han visto obligados a realizar a veces y confirman la paradójica sentencia de Moskos de que “la pacificación no es una misión militar, pero solamente la pueden cumplir los militares”²⁰.

Junto a todo esto se impone una reorganización de las Fuerzas Armadas en módulos apropiados para conjuntarse según lo requieran las necesidades y el servicio de las misiones que se les asignen en un contexto multinacional. Lo cual nos lleva a recordar lo difícil que es la forja de una identidad común entre unidades militares procedentes de diversos países y culturas y que, además, están en vías de transformación y sufren difíciles problemas de financiación, motivación, sindicación e integración de minorías.

Finalmente, aunque hay que hacer notar que la cuestión de la legitimidad del Ejército ha ganado mucho con su desempeño de las nuevas misiones de defensa de la vida humana y de respeto de los derechos humanos, no conviene menospreciar el papel de los medios de comunicación de masas en el control de los abusos que se puedan cometer en el seno de las Fuerzas Armadas, lo mismo que en el de cualesquiera otras organizaciones. Por esto, el saber conducirse ante los medios y el no intentar cerrarles el camino o desconocer el valor de lo que hacen, constituyen hoy una faceta más del quehacer profesional de los mandos militares.

¹⁸ Morris Janowitz, *The Professional Soldier*, 1960.

¹⁹ Harold D. Lasswell, “The garrison State”, *American Journal of Sociology*, XLVI, 1941.

²⁰ Ver para el caso de España J. García Fernández, “Líbano y Afganistán: el sentido de las misiones militares españolas en el extranjero”, en *Temas para el debate*, nº 153-154. Agosto-Septiembre 2007, pp. 71-73. También “Militares españoles en el mundo” en *Revista Española de Defensa*, nº 191, Ministerio de Defensa, enero 2004, pp. 50-57. Recientemente ha sido aprobada en la Universidad Complutense de Madrid la tesis doctoral “Estudio sociológico de las misiones militares españolas en el extranjero” de M^º Emilia Alonso González, dirigida por Salustiano Del Campo Urbano.

LOS GASTOS MILITARES Y LAS TRANSFERENCIAS DE TECNOLOGÍA

Y, en este contexto me gustaría decir algo sobre el papel económico prominente de la tecnología militar, su posesión y su uso potencial y real en las sociedades actuales. En 2007 el gasto militar por región y grupo de ingresos fue de 1339 miles de millones de dólares, según la distribución que aparece en el cuadro 2.

A la cabeza de este gasto figura EEUU, que sólo superó la cifra actual en el periodo de la II Guerra Mundial y, como advierte el Instituto Internacional de Investigaciones para la Paz de Estocolmo, “representa un incremento real del 6% respecto a 2006 y del 45% desde 1998. Ello equivale al 2,5% del Producto Mundial Bruto (PMB) y a 202\$ por cada persona en el mundo”.

A mucha distancia le siguieron el Reino Unido, China, Francia y Japón, según se comprueba en el cuadro 3, en el que España figura en el lugar décimo quinto con un gasto de 14,6 miles de millones de dólares. A pesar de su aumento, sin embargo, la carga económica y financiera del gasto militar norteamericano es menor ahora que en años anteriores debido al gran crecimiento de su Producto Interior Bruto (PIB) y de los gastos totales del gobierno. Entre los países emergentes destaca el gasto militar de China, que se ha triplicado en términos reales durante los últimos diez años, aunque la carga económica de este gasto representa en la actualidad tan sólo el 2,1% de su PIB. Son muchos ahora los países que

CUADRO 2
Gasto militar por región y por grupo de ingresos, 2007

	<i>Gasto militar, 2007 (\$ miles de millones)</i>	<i>Cambio, 1998-2007 (%)</i>
Total mundial	1 339	+45
África	18.5	+51
América	640	+63
Asia y Oceanía	219	+52
Europa	370	+16
Medio Oriente	91.5	+62
Países de bajos ingresos	41.9	
Países de ingresos medio-bajos	152	
Países de ingresos medio-altos	107	
Países de altos ingresos	1 039	

Nota: Las cifras de gastos están en dólares corrientes de EEUU. Los cambios en las cifras se basan en el gasto en dólares de EEUU a precios y tasas de cambio constantes (2005)

Fuente: SIPRI Yearbook 2008.

CUADRO 3
*Los quince países con el gasto militar más alto en 2007,
 n términos de la tasa de cambio de mercado*

<i>Rango</i>	<i>País</i>	<i>Gasto (\$ miles de millones)</i>	<i>Participación mundial</i>
1	EEUU	547	45
2	RU	59,7	5
3	China	58,3	5
4	Francia	53,6	4
5	Japón	43,6	4
6	Alemania	36,9	3
7	Rusia	35,4	3
8	Saudi Arabia	33,8	3
9	Italia	33,1	3
10	India	24,2	2
11	Corea del Sur	22,6	2
12	Brasil	15,3	1
13	Canadá	15,2	1
14	Australia	15,1	1
15	España	14,6	1

Nota: Las cifras están en dólares de EEUU a precios y tasas de cambio constantes (2005).
Fuente: SIPRI Yearbook 2008.

incrementan anualmente su gasto militar, a causa de sus objetivos de política exterior, de conflictos armados, de amenazas reales o percibidas y de participación en operaciones multilaterales de mantenimiento de la paz.

Por otro lado, la venta de armas supone un ingreso importante para los países que las producen, figurando a la cabeza de ellos EEUU que en 2006 vendió 200,2 miles de millones de dólares y Europa Occidental, que vendió 92,1. Les siguen Rusia, Japón, Israel e India, que vendieron respectivamente 6,1; 5,2; 4,6 y 3,5 miles de millones de dólares. EEUU participa en el abastecimiento de grandes sistemas de armamentos con el 31%, Rusia con el 25%, Alemania con el 10%; Francia con el 9% y Reino Unido con el 4%. En el último quinquenio, China fue, con el 12%, el mayor receptor de grandes sistemas de armamento.

Cuestión aparte es la posesión de fuerzas nucleares, que en 2008 mantiene al frente a EEUU con 4.075 cabezas nucleares desplegadas y a Rusia con 5.189. A ambos estados les siguen a mucha distancia el Reino Unido, Francia, China e India.

En la vida internacional ordinaria sobresalen, además, las preocupaciones de los países por limitar las amenazas a la seguridad producidas por agentes qui-

micos y biológicos, la limitación de armas convencionales y los controles de las transferencias internacionales relacionadas con la seguridad. Entrar en el detalle de estos aspectos, sin embargo, implicaría un abuso de su atención y un alargamiento inmoderado de esta ponencia.

A pesar de ello, no querría terminar este apartado sin hacer referencia a una particularidad muy significativa de las fuerzas Armadas Españolas. El Presidente Rodríguez Zapatero creó durante su primer mandato la Unidad Militar de Emergencia (UME), cuya estructura fijada en 2006 sigue considerándose idónea por lo que no existe propósito de cambiarla. Por otra parte, es el único cuerpo que queda fuera de la orden del Ministerio de Defensa publicada el pasado 26 de diciembre (O.M.3771/2008) que se caracteriza por una mayor centralización del mando en beneficio del Jefe del Estado Mayor de la Defensa a costa de los Estados Mayores de los Ejércitos.

La misión de la UME es “intervenir” en cualquier parte del territorio nacional para contribuir al bienestar y proteger a los ciudadanos en los supuestos de grave riesgo, catástrofe o calamidad. En estos momentos pertenecen a la UME 4.000 militares que, según la normativa referida, permanecen al margen de las rotaciones con los demás soldados para cubrir misiones internacionales, cuyo cupo por cierto se ha aumentado. El diseño de la UME se ajusta al modelo de una unidad francesa similar y ha sido descrita como un cuerpo de bomberos con carácter militar que actúa en misiones nacionales de protección civil. La nebulosa organizativa que rodea a esta unidad hace que no acabe de ser un cuerpo militar como los demás. Para algunos es un “cuarto ejército” que se pone en marcha a petición del Ministerio del Interior, que es el que coordina esta Fuerza en caso de catástrofe. Además, está mejor dotada presupuestariamente que el resto de las Fuerzas Armadas y detrae de ellas presupuestos y hombres que son escasos y que cada vez tienen más misiones que atender en el exterior.

En la actualidad han reaparecido en la escena bélica internacional actores privados que recuperan una práctica históricamente generalizada y plenamente aceptada, por lo menos hasta la Paz de Westfalia. Se les denomina de varias maneras, como compañías privadas de seguridad, compañías militares privadas o contratistas, y han proliferado en el marco de la guerra fría. “Mercenarios, ejércitos privados, señores de la guerra y organizaciones criminales internacionales, entre otros, suponen un reto al orden internacional como ha sido entendido en los últimos dos siglos, ya que ponen en entredicho la premisa de que sólo el Estado tiene el monopolio de la fuerza”²¹. Desgraciadamente, su descripción y explicación no caben ya en el espacio del presente artículo.

²¹ Mario A. Laboire Iglesias, teniente coronel de Artillería: “La privatización de la guerra. El auge de las compañías militares privadas (I y II)” en *Boletín de Información del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional*, 2008, números 306, pp. 77-100 y 307, pp. 83-116. Cita de la p. 78.

OBSERVACIONES FINALES

Y aún me gustaría decir algo, contando igualmente con la benevolencia de ustedes, sobre las consecuencias de la evolución hacia la postmodernidad en las relaciones entre civiles y militares. Durante la guerra fría las crecientes cualificaciones profesionales que requerían las Fuerzas Armadas convergían con las de los civiles, y por tanto, debilitaban las diferencias existentes entre los ámbitos civil y militar dentro incluso de los propios ejércitos. Boëne ha hecho notar que hacia 1850 en la mayoría de los países europeos las fuerzas navales y terrestres abarcaban un 90% de combatientes puros sin equivalentes civiles, mientras que esta proporción paso a ser del 25% a mediados del siglo XX y a finales no superaba el 15%²².

Dentro de las Fuerzas Armadas, por otro lado, sobreviven algunos problemas que están ya en vías de solución en la sociedad, como el papel de las mujeres, y los que se refieren de un modo genérico a las familias de los militares. No pasa lo mismo, sin embargo, con otros como el status de los homosexuales dentro de los ejércitos, que es simplemente la traslación al seno de esta organización de una cuestión social discutida. Y queda todavía por concretar los servicios alternativos que los jóvenes pueden cumplir en las sociedades con ejércitos profesionales, así como debatir si cabe o no establecer un servicio nacional, justamente en una etapa en la que se diluye el significado anterior de este adjetivo.

La que Cohen²³ denomina revolución en el ámbito militar tiene su origen en el mundo civil, al igual que lo tuvieron las transformaciones del siglo XIX y obedecen tanto a la implantación de la tecnología de la información como al florecimiento actual del capitalismo. Ha variado la forma de combatir, que en el futuro se parecerá más a un gigantesco duelo artillero que a un meticuloso despliegue de posiciones y de ejecución de maniobras. En la guerra tecnológica, lo que se puede captar mediante sensores se puede alcanzar con proyectiles y destruir esté a la distancia que esté. Por otra parte, también evolucionará la naturaleza del mando, que tenderá a parecerse más a los de la aviación y la marina que a los de la infantería, es decir, que en adelante contará más el saber tecnológico y menos la ocupación física de los objetivos, mientras que los criterios para medir la capacidad y la potencia de los ejércitos se complicará mucho.

En resumen, el predominio del armamento para lograr objetivos limitados, la disponibilidad de grandes cantidades de información centralizada y la opa-

²² Bernard Boëne, "Les rapports armée-Etat-société dans les démocraties libérales", en *The Tocqueville Review*, vol. XVII, n.º. 1, 1996, pp. 53-83.

²³ Eliot A. Cohen, "A revolution in warfare", *Foreign Affairs*, 75, 2, pp. 37-54.

ciudad del poder militar, dificultan las relaciones entre civiles y militares, porque los políticos quieren usar un poder que ven pero que no entienden y los militares manejar fuerzas que no pueden abarcar como lo hacían en sus batallas los generales clásicos, planteándose así la cuestión fundamental de restablecer el equilibrio óptimo entre el imperativo funcional o la eficacia de la institución militar y su imperativo sociopolítico, que no es otro que la integración armoniosa de los ejércitos en una sociedad democrática que condiciona su legitimidad y sus fines.